

ANDRÉ PAUL, *Qumrán y los esenios. El estallido de un dogma* (trad. de Pedro Barrado y M^a. Pilar Salas), Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra), 2009, 170 pp.

Qumrán o los manuscritos del Mar Muerto han dejado de ser cada día menos enigmáticos y esotéricos, si exceptuamos el Rollo de Cobre. Lo misterioso se desvanece en la medida en que disponemos, prácticamente, de la totalidad de los manuscritos ya publicados en sus lenguas originales y tenemos a mano numerosas traducciones. Conviene recordar que los hallazgos qumránicos forman parte del conjunto de descubrimientos que tuvieron lugar en el Desierto de Judá entre los años de 1947 al 1958. Por ello la colección oficial, con más de treinta tomos publicados, a cargo de la editorial Clarendon Oxford lleva el título *Discoveries in the Judean Desert* (DJD). En estos hallazgos el azar jugó un papel determinante en cuanto que desencadenó un programa de campañas arqueológicas sistemáticas. Efectivamente escondidos en diferentes cuevas, yacimientos o ruinas se encontraron piezas de alto valor cultural e histórico y sobre todo salieron a la luz textos en rollos de pergamino o de papiro escritos en hebreo, arameo o griego mayormente. Estaban guardados en jarras y tinajas o bien simplemente depositados e incluso amontonados en el interior de once cuevas, seguramente abandonados allí precipitadamente todos aquellos manuscritos a fin de protegerlos del inminente ataque romano. Desde el punto de vista cronológico estos manuscritos datan nada menos que del siglo II a.C., e incluso del siglo anterior, y avanzan hasta el siglo I d.C. Por consiguiente pertenecen a la época que solemos denominar intertestamentaria. En esta época acontecieron justamente hechos que cambiaron el curso de la historia de Occidente como es sabido. Innegablemente, si bien todos los hallazgos del Desierto de Judá fueron importantes, los de Qumrán se sitúan entre los más relevantes manuscritos encontrados en el último siglo.

En el mejor de los casos era impensable que se produjera un descubrimiento de documentos tan antiguos en el entorno de Khirbet Qumrán, y menos aún que tuviéramos acceso tan fácilmente a textos, como parados en el tiempo, y

consecuentemente, libres de toda intervención. Ciertamente ninguno de ellos contiene historia, mas en sí mismos daban cuenta de las representaciones del mundo, ideas, visiones y doctrinas de la época concernida.

Realmente se trataba de una colección o biblioteca de más de 950 rollos o papiros correspondientes a 445 obras diferentes. De estos manuscritos casi un tercio son escritos bíblicos, de la Ley, de los Profetas, pero también de Salmos y Sapienciales. De algunos de ellos se cuentan más de siete copias, aunque algunas sean fragmentarias. En el conjunto de manuscritos descubiertos están representados el corpus que constituirá más tarde los libros del Antiguo Testamento excepto del libro de Ester. Además otro tercio o más corresponde a los libros generados por la propia comunidad de Qumrán y el resto pertenece a libros, conocidos con el nombre de apócrifos del Antiguo Testamento, que sin embargo para ellos tenían igual estima y consideración o más, como es el caso del *Libro de Jubileos* o el de *Henoc*.

Salta a la vista la importancia de los hallazgos qumránicos. Antes apenas sabíamos nada de la época intertestamentaria y ahora poseemos toda una biblioteca que nos ofrece eslabones del transcurso en el que se desarrolló el mundo judío anterior y coetáneo del nacimiento del cristianismo y del judaísmo rabínico posterior. En resumen puede afirmarse que a pesar del estado fragmentario e incompleto de algunos manuscritos, estos textos milenarios han transformado ya completamente la manera de percibir la formación y el desarrollo de los libros de Antiguo Testamento, han multiplicado nuestros conocimientos sobre los orígenes del cristianismo y judaísmo y, además, han abierto el panorama para mejor comprensión de la historia, cultura, religión y lengua de la Palestina de los siglos anteriores a la destrucción del templo.

Por lo que toca directamente a nuestros estudios, en la fortaleza de Masada, no lejos de Qumrán y al sur del Mar Muerto, hecho rarísimo, se encontró un papiro en latín conteniendo un fragmento de la Eneida de Virgilio, probablemente formaba parte del equipaje de algún soldado romano de aquellos que asediaron Masada, fortificación en la que un grupo de judíos se refugió tras la destrucción de Jerusalén

y resistió contra Roma hasta el año 73 d.C. El dato más curioso a tener en cuenta es que el citado fragmento latino representa una muestra de un texto anterior a las copias más antiguas conocidas de manuscritos existentes de la célebre epopeya virgiana.

Pues bien, hechas las precedentes consideraciones vayamos propiamente al libro que reseñamos. El autor André Paul, historiador y reconocido bibliista, publicó en las *Éditions du Cerf* (París 2008) el presente volumen con el título original *Qumrán et les Esséniens. L'éclatement d'un dogme*. Resulta extraño no tanto el título cuanto el subtítulo del libro, puesto que por mor del sensacionalismo parece echar por tierra o apartarse del consenso alcanzado después de más de cincuenta años de los descubrimientos qumránicos.

En los cuatro primeros capítulos el autor desarrolla la historia de los manuscritos: cómo se encontraron, vendieron y compraron así como expone las opiniones y los debates acerca de su origen. Aparecen los nombres de Dupont-Sommer, Sukenik, Roland de Vaux, W. Ree, entre otros, es decir, un grupo importante de estudiosos y arqueólogos que llegó a un cierto consenso, lo que llama A. Paul dogma, a saber, la convicción de que el conjunto de hallazgos provenía del emplazamiento del Qumrán en donde se estableció allá por el siglo II a.C. una comunidad compuesta de elementos disidentes de los esenios.

Noticias sobre los esenios encontramos en Plinio el Viejo *Hist. Nat.* 5.17.73: *Esseni ... gens sola et in toto orbe praeter ceteras mira, sine ulla femina, omni venere abdicata, sine pecunia, socia palmarum...* Aparte de las costumbres extrañas del pueblo esenio a que alude el autor latino: el vivir sin mujer, en pobreza y aislados, sobre los esenios hallamos más información respecto a su

ideología y visión del mundo en las obras del historiador Flavio Josefo y del judío Filón de Alejandría. Conocíamos por los citados escritores que los esenios formaban un grupo religioso judío al cual pertenecían unos cuatro mil adeptos repartidos por toda Palestina, semejante a otros grupos como el de los fariseos o el de los saduceos mejor conocidos por ser mencionados en el Nuevo Testamento.

Pues bien podemos formular este consenso según la hipótesis de Gronigen: En cualquier caso se puede decir que el esenismo puede comprenderse, aunque sea de una manera insuficiente, sin Qumrán, pero Qumrán sólo es comprensible en el contexto más amplio del movimiento esenio.

Sin embargo, a nuestro autor le parece mejor adherirse a la nueva ola de arqueólogos de Qumrán quienes contestan y ponen en tela de juicio la hipótesis mantenida y común hasta hace unos años.

En el resto de capítulos hasta la «Conclusión» (p. 163) el autor se apoya en la idea de que los manuscritos qumránicos reflejan el pensamiento judío diversificado, complejo y pluriforme cuyos elementos aparecerán en el cristianismo, en Pablo de Tarso, en el judaísmo rabínico, en escritos gnósticos o en formas de vida contemplativa y mística.

En definitiva, los textos de Qumrán, concluye A. Paul, constituyen una parte significativa del patrimonio cultural del judaísmo anterior tanto al Nuevo Testamento como a los escritos rabínicos, de ahí que sus representaciones, visiones y doctrinas preparan y anuncian lo que vendrá después. Finalmente el volumen termina con una bibliografía básica sobre Qumrán en español y en francés e instrumentos de trabajo en inglés.

José GONZÁLEZ LUIS